

ALEPH

número 12
(octubre 1998)



Jornada del sábado 11 de octubre de 1997, organizada con el apoyo de la UCL y del FNRS

Para citar este artículo: Fabry, Geneviève. "Las memorias cruzadas de Pablo Neruda y Matilde Urrutia". *La autobiografía*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 12, Montalvo, Y. (coord.). 1998, pp. 5-17. ISSN 1784-5114. Disponible en: http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464

LAS MEMORIAS CRUZADAS DE PABLO NERUDA Y MATILDE URRUTIA

Geneviève FABRY
Université catholique de Louvain

En 1974 aparecieron las memorias póstumas de Pablo Neruda: Confieso que he vivido. Confieso... Esta primera palabra es un eco del título de las autobiografías quizás más famosas de la literatura universal: las de San Agustín y de Jean-Jacques Rousseau, verdaderas piedras angulares, sobre todo la segunda, de lo que se ha dado en llamar el género autobiográfico. Pero la pluma de Neruda convierte el sustantivo ("confesiones") en verbo: confieso. Hoy, ahora, cuando estoy escribiendo, cuando Ustedes me están leyendo, confieso. El hecho de confesar algo conlleva siempre la idea de que el que confiesa va a revelar algo que, según la definición de M. Moliner, "antes o a otras personas, ha procurado ocultar". ¿Cuáles son estos hechos inconfesables, silenciados durante años, que el lector podrá por fin descubrir? ¿Qué aspectos insospechados de su carácter, qué rasgos de su "vida individual", de la "historia de su personalidad" —que, según Philippe Lejeune forman el eje de toda autobiografía— nos va a revelar? Aquí surge otro interrogante. En efecto, la edición publicada por la editorial Losada (1974) lleva un subtítulo ausente de la edición de Plaza y Janes: "Memorias". Esta "omisión" (muy discutible) del subtítulo es interesante porque suprime la tensión que existía en las primeras versiones entre "confesión" (es decir, autobiografía) y "memorias" a favor de una acentuación del primer aspecto. Recordemos que, según Philippe Lejeune, las memorias ocultan la dimensión más personal, más íntima, que es el objeto por antonomasia de la autobiografía.

La tensión entre "confesión" y "memorias" se vuelve a encontrar en el fragmento que, a modo de epígrafe, prelude el libro:

Estas memorias o recuerdos son intermitentes y a ratos olvidadizos porque así precisamente es la vida. La intermitencia del sueño nos permite sostener los días de trabajo. Muchos de mis recuerdos se han desdibujado al evocarlos, han devenido en polvo como un cristal irremediadamente herido.

Las memorias del memorialista no son las memorias del poeta. Aquél vivió tal vez menos, pero fotografió mucho más y nos recrea con la pulcritud de los detalles. Este nos entrega una galería de fantasmas sacudidos por el fuego y la sombra de su época.

Tal vez no viví en mí mismo; tal vez viví la vida de los otros.

De cuanto he dejado escrito en estas páginas se desprenderán siempre —como en las arboledas de otoño y como en el tiempo de las viñas— las hojas amarillas que van a morir y las uvas que revivirán en el vino sagrado.

Mi vida es una vida hecha de todas las vidas: las vidas del poeta (p.7).

La primera línea del libro contiene un programa de escritura y (sin lugar a dudas) de lectura. El recuerdo es el fruto de la memoria —en singular—. Sin embargo, la vacilación introducida por la conjunción "o" parece oponer memorias y recuerdos: aquellas se referirían a esos hechos que merecen mencionarse porque los constituyen personas y acontecimientos que han pasado a la Historia. Los recuerdos, en cambio, apuntan más bien a la dimensión subjetiva, quizás incluso íntima, incompleta, fragmentaria, discontinua de la historia personal, en la estela del acto de confesión prometido en el título. Pero son recuerdos "intermitentes" y "olvidadizos"; su carácter discontinuo tiene que ver con la "intermitencia del sueño". El prólogo promete pues una confesión que incluiría también el mundo de los sueños, la vida inconsciente. ¿Puede ser la escritura una manera de recuperar el "tiempo perdido"? El autor parece decirnos que no: "Muchos de mis recuerdos se han desdibujado al evocarlos". La escritura no permite hacer vivir de nuevo los recuerdos: peor aún, a veces, los mata.

Pero ¿de qué escritura se trata? Hay que tomar muy en serio la distinción hecha por Neruda entre memorias del poeta y del memorialista. El primero vivió más. El segundo "vivió tal vez menos, pero fotografió mucho más". La inversión de la promesa contenida en el título alcanza aquí un grado máximo. En efecto, la vida, con su "fuego" y su "sombra" está del lado del poeta. En cambio, el memorialista tiene una relación

privilegiada con la muerte: tanto la fotografía como la pulcritud de los detalles apuntan a una vida fijada en imágenes que no tienen el fulgor de la poesía sino un insistente resabio a muerte. Una muerte cuyo velo ensombrece la pluma de Neruda: escribe las últimas páginas de sus memorias pocos días antes de morir. Pero la muerte propia no puede contarse: es la única experiencia que escapa radicalmente al "yo" escritor. De ahí el pretérito compuesto del título, como si pudiera mirar la casi totalidad de su vida hacia atrás (Neruda se sabía muy enfermo) pero no contar su muerte. De ahí también el futuro que aparece al final del prólogo: "se desprenderán las hojas amarillas que van a morir".

Esta muerte la va a contar su mujer Matilde Urrutia: es el primer punto de encuentro entre las memorias de Pablo y las de Matilde. Esta escribió un libro titulado *Mi vida junto a Pablo Neruda* y subtulado *Memorias*. Se trata de una obra póstuma, aparecida en 1986, es decir, un año después de la muerte de la autora. Por lo tanto, las circunstancias son las mismas para la publicación de ambas obras. El libro empieza con el amanecer del día 11 de septiembre de 1973. Aquel día los esposos Neruda escuchan las noticias: oyen el último discurso de Salvador Allende. Neruda, ya muy enfermo, es incapaz de superar el trauma vivido por todo el país. Fallece algunos días después en un hospital de Santiago, en medio de la barbarie. Las cuarenta primeras páginas del libro de Matilde se presentan, pues, como la continuación de las memorias de Neruda. Es el epílogo que él no podía contar: su propia muerte. El título lo dejaba adivinar, los primeros capítulos lo confirman: las memorias de Matilde no son la historia de una vida, sino la de una vida aspirada por otra más potente que la suya. Es una doble reducción la que define el proyecto de escritura de Matilde.

Todo lo contrario ocurre con las memorias de Pablo. Prosigamos nuestra lectura del prólogo. "Tal vez no viví en mí mismo; tal vez viví la vida de otros". Si es cierto que la labor poética de Neruda ha consistido en ensanchar su palabra y su vida para que puedan acoger a todos los hombres, las memorias podrían ser el lugar de una expresión más estrictamente individual. Así concluye el prólogo: "Mi vida es una vida hecha de todas las vidas: las vidas del poeta". Volvemos a encontrar aquí la doble oposición: primero entre el singular ("mi vida") y el plural ("las vidas"); en segundo

lugar, entre "yo" y el poeta. En la poesía, el "yo" (sea en el campo de la poesía épica, amorosa o política) lleva en sí a los hombres, especialmente los que no han tenido nunca la palabra. De obra en obra, el "yo" nerudiano se carga de todas las voces que asume. Es muy interesante observar que la primera versión de las memorias había aparecido en 1962 (en la revista O Cruzeiro Internacional) bajo un título que remitía a esta pluralidad: "Memorias y recuerdos de Pablo Neruda: las vidas del poeta". Pero en los años 70 el "yo" memorialista es otro. Este "yo", que está presente dos veces en el título bajo las dos formas verbales ("confieso", "he vivido"), es el producto de una reducción, del paso de la pluralidad poética a la singularidad monológica de la prosa.

¿Cómo definir la singularidad del Neruda memorialista, que no se identifica con los otros hombres, al contrario de lo que pasa en su poesía? ¿Quién es este "yo" singular pero como empobrecido por el recurso de la prosa, qué es lo que lo distingue de los otros hombres? No son sus sentimientos, no es su experiencia del amor o de la desdicha. En las memorias de Neruda son muy escasos los datos de este tipo. ¿Cuáles pues son los datos presentes en sus memorias y ausentes en su poesía? Se puede contestar con una sola palabra: lo que distingue a Neruda como "yo que ha vivido" es su trayectoria. Empleo la palabra en los dos sentidos mencionados por Moliner:

1. Camino de cierta forma que recorre un cuerpo que va de un punto a otro [...].
2. Conducta u orientación en la manera de obrar de alguien.

De hecho, la materia principal de las memorias son los innumerables viajes del poeta, primero como diplomático y luego como hombre de letras. Los títulos de los doce capítulos del libro son elocuentes. Las memorias son cronológicas y la organización de la materia habría podido resaltar esta fidelidad cronológica. (Observemos de paso que en las memorias de Matilde, el orden cronológico no se respeta, pero las menciones del momento de la historia son recurrentes, incluso en los títulos de los capítulos.) Neruda en cambio prefiere poner de relieve su relación con el espacio. De la provincia (1), se pasa a la ciudad en la cual se siente perdido (2). Luego empieza la aventura diplomática que es fundamentalmente un recorrer de los "caminos del mundo" (3). Luego aparecen diversas menciones de países: España en el

corazón (5) y México (7). Los capítulos noveno y décimo tienen un título construido de manera paralela: "Principio y fin de un destierro", "Navegación con regreso". La síntesis así anunciada se concreta en el undécimo capítulo, dedicado a consideraciones sobre el "oficio de la poesía". El último capítulo consagra el arraigamiento en la "patria dulce y dura"(12).

Es muy interesante el hecho de que Neruda organice sus memorias desde la necesidad de contar sus viajes, y todo lo que éstos le dieron: encuentros con gente de toda raza y cultura así como trato personal con personajes históricos y participación a acontecimientos fundamentales en la historia del siglo XX (especialmente la guerra de España). Ya que los viajes forman el meollo de la materia de las memorias, Neruda habla poco de los años en los que no viaja, es decir, concretamente, cuando permanece en Chile. Esto lo lleva a omisiones sorprendentes para el lector. Sólo doy un ejemplo, a mi parecer, el de mayor alcance:

Los años transcurridos entre agosto de 1952 a abril de 1957 no figurarán detalladamente en mis memorias porque todo ese tiempo lo pasé en Chile y no me sucedieron cosas curiosas ni aventuras capaces de divertir a mis lectores. Sin embargo, es preciso enumerar algunos hechos importantes de ese lapso. Publiqué el libro *Las uvas y el viento* que traía escrito. Trabajé intensamente en las *Odas elementales* [...]. Organicé un congreso nacional de la cultura [...]. También celebré en Santiago el cumplimiento de mis cincuenta años, con la presencia de escritores importantes de todo el mundo [...]. Doné a la Universidad de Chile mi biblioteca y otros bienes. Hice un viaje a la Unión soviética [...]. Me separé definitivamente de Delia del Carril. Construí mi casa "la Chascona" y me trasladé a vivir en ella con Matilde Urrutia. Fundé la revista *Gaceta de Chile* [...]. Tomé parte en las campañas electorales [...]. La editorial Losada, de Buenos Aires, publicó mis obras completas en papel biblia (p.293).

Esta larga cita me parece necesaria para resaltar el laconismo desolador con el cual Neruda resume cinco años de su vida. Además, son años muy importantes para el poeta. Según uno de sus mayores exégetas, Alain Sicard, se trata incluso de una época decisiva para Neruda. Dice en la cuarta parte de su extenso estudio significativamente titulada "El cambio de 1958":

De la misma manera que los años de 1936 habían proyectado al poeta en la historia, la revisión desgarradora que efectuó el XX Congreso del Partido comunista de la Unión soviética [en 1956] —a la par, sin duda, que circunstancias personales tales como el divorcio del poeta— parece que le echaron atrás.

Remito a Sicard para la definición y el alcance del cambio ocurrido. Lo que me interesa destacar es la importancia en la evolución de Neruda de estos años que silencia en sus memorias. Su divorcio de Delia y su instalación definitiva con Matilde son hechos que van a transfigurar no sólo su vida privada, sino también su obra poética. En cambio, su mujer cuenta de manera pormenorizada su instalación con Pablo en la Chascona. Los detalles de la convivencia con Neruda dejan ver a este último bajo una luz menos favorable que la que aparece en *Confieso que he vivido*. Al respecto, se puede mencionar un ejemplo anecdótico pero significativo: es Matilde la que paga esta casa que Pablo designa como suya ("mi casa") en sus memorias.

Pero hay otra razón, más profunda, que explica la sobriedad de Neruda en cuanto a las tribulaciones de su vida amorosa. En efecto, explica el estado de ánimo en el que escribe un libro pero, más allá de la circunstancia personal o de las relaciones particulares que lo llevan a escribir tal o tal texto, quiere que sus poemas sean leídos con una máxima libertad. Sus libros, una vez publicados, cobran vida autónoma y poco importa, para el lector verdaderamente enamorado de poesía, que lo haya escrito a raíz de tal o tal amor o de tal o tal encuentro. Así explica el anonimato de la primera publicación de *Versos del Capitán*:

La única verdad es que no quise, durante mucho tiempo, que esos poemas hirieran a Delia, de quien me separaba. [...] Después el libro, aún sin nombre y apellido, se hizo hombre, hombre natural y valeroso. Se abrió paso en la vida y yo debí, por fin, reconocerlo. Ahora andan por los caminos, es decir, por librerías y biblioteca, los "versos del capitán" firmados por el genuino capitán (p.282).

Matilde amontona los detalles concretos sobre cada uno de estos poemas, escritos justo antes de su instalación en la Chascona. Gracias a ella, conocemos las circunstancias íntimas que justifican la elección de tal o tal término, el momento preciso en el cual Neruda le mandó tal o tal texto. En cambio, Neruda borra estos detalles. No sólo por pudor o para evitar algunos datos un poco molestos, sino por razones más profundas. Si, como lo recalca en el prólogo de las Memorias, el poeta vivió "todas las vidas", no tiene por qué hacer de sus circunstancias personales una guía de lectura imprescindible. Sus poemas son adultos que se abren paso por el mundo. Una exégesis directa y literal, como la que hace Matilde, obstaculizaría el proyecto nerudiano de una poesía universal que intenta recoger todas las voces de todos los hombres.

En resumen, Neruda hace hincapié en sus viajes a lo largo de sus Memorias: sus desplazamientos le dan la trabazón de su obra. Sin embargo, al dejar de lado los "años estáticos" de la década de los 50, sus memorias resaltan a su manera la paradoja fundamental que, según Rodríguez Monegal, origina toda la poética nerudiana:

Este viajero de todas las latitudes del orbe [...] ha viajado realmente poco, y la parte más importante de su viaje ha sido la que se realiza hacia adentro; el viaje hacia la única residencia verdadera. Para este niño perdido y encontrado esa única residencia ha sido el Sur de Chile, mundo humedecido por la lluvia, pautado incesantemente por las goteras, iluminado por la llama de los incendios súbitos, impregnado fuertemente por el olor de la madera (otra materia materna).

[...] De aquí parte y hasta aquí regresa el poeta, este viajero definitivamente inmóvil en el centro de su única sustancia.

Esta paradoja del viajero inmóvil parece ser una puerta de entrada idónea en la poesía nerudiana. En el apartado "Crítica y autocrítica", en el cual Neruda comenta

brevemente los ensayos publicados sobre su obra, el único estudio académico que se salva del todo es precisamente el de E. Rodríguez Monegal:

Se observa a simple vista que no es tonto ese doctor. Se dio cuenta en el acto de que me gusta viajar sin moverme de mi casa, sin salir de mi país, sin apartarme de mí mismo. (En un ejemplar que tengo de ese maravilloso libro de literatura policial titulado *La piedra lunar*, hay un grabado que me gusta mucho. Representa a un viejo caballero inglés, envuelto en su hopalanda [...], sentado frente a la chimenea, con un libro en la mano, la pipa en la otra y dos perros soñolientos a sus pies. Así me gustaría quedarme siempre, frente al fuego, junto al mar, entre dos perros, leyendo los libros que hartó trabajo me costó reunirlos, fumando mis pipas.) (p.381)

Neruda nos lo había dicho en el epígrafe de su libro: éstas son las memorias del memorialista no del poeta. Las omisiones de Neruda cobran sentido en este "espacio autobiográfico" en el cual se esbozan para el lector las máscaras siempre incompletas de un hombre que se llamó a sí mismo Neruda. Al pasar por alto sus años de permanencia en Chile y detallar las circunstancias de sus viajes, el memorialista subraya a contrario la esencia de su poesía. Para entender mejor el alcance de esta elección del memorialista, cabe situarla en el conjunto de la producción nerudiana. En otros términos, no se pueden leer las memorias fuera del diálogo que entablan con la poesía. Luis Rosales también advierte que: "Es curioso que sus *Memorias póstumas* nos dan muy pocos datos biográficos y personales. Su expresión intimista es el verso y sólo en sus poemas tiende a la confesión."

En varios libros de Neruda se hallan autobiografías en verso. Memorial de Isla negra y Geografía infructuosa constituyen un verdadero "ciclo autobiográfico", como también la última sección del Canto general, titulada "Yo soy". ¿De qué manera estos poemas de "Yo soy" son complementarios de las Memorias? La comparación entre ambos textos es facilitada por la estructura de la sección. Muchos de los veintiocho poemas van fechados. De 1904 (I "La frontera") hasta 1949 (XXVIII "Termino aquí"), el poeta va marcando los hitos de su trayectoria tanto vital como literaria y política. Algunos títulos de poemas recuerdan claramente la organización de las memorias:

- I. La frontera
- III. La casa
- VI. El viajero
- VII. Lejos de aquí
- X. La guerra
- XII. México
- XIV. El regreso
- XV. La línea de madera
- XXI. La muerte
- XXII. La vida
- XXIII. Testamento
- XXVIII. Termino aquí

El estilo es a la vez sobrio y lleno de fervor, vibra con intensidad una subjetividad que se confiesa. Desde el punto de vista del proyecto autobiográfico, cabe subrayar dos aspectos muy llamativos de la sección "Yo soy". Primero se trata de la presencia de un elemento ausente de las memorias: la muerte del poeta. Neruda abarca la totalidad de su vida, es decir, incluyendo su propia muerte. Ocho de estos XXVIII poemas la evocan, la preparan. Ya que algunos versos tienden a una escritura casi post mortem, Neruda da a su propia existencia una dimensión trascendente (le quedaban en aquel momento todavía más de veinte años por vivir). Quizás sólo la poesía pueda ensanchar el "yo" hasta ese punto. El segundo aspecto no es un elemento ausente de las Memorias. Pero aquí, esto debido en parte a la extrema brevedad de los poemas, aparece extraordinariamente resaltado: se trata de la importancia del motivo de la casa.

El primer poema evoca la infancia del poeta, evocación dominada por una doble imagen: la de los árboles y de la casa, ambos situados bajo la lluvia austral. La casa llega a fundirse con el motivo recurrente de los árboles ya que es una casa de madera. Esta visión va cobrando precisión en el tercer poema (titulado "La casa"):

Mi casa, las paredes cuya madera fresca
recién cortada huele aún: destartalada
casa de frontera, que crujía
a cada paso, y silbaba con el viento de guerra
del tiempo austral, haciéndose elemento
de tempestad, ave desconocida
bajo cuyas heladas plumas creció mi canto.

En los poemas que siguen, la casa de madera vuelve a aparecer: en "La línea de madera", no se trata de la casa de la infancia, sino de las moradas interiores que construye el poeta, "el carpintero ciego, sin manos". El poema XXII "La vida", cierra el recorrido sintético que Neruda hace de su vida. Este recorrido otra vez lo lleva a su casa:

Ásperas piedras hacen
el castillo, y el barro más suave que las uvas
con los restos del trigo hizo mi casa.

En su "Testamento I" (poema XXIII), ofrece su casa de Isla Negra a los "sindicatos chilenos del cobre, del carbón y del salitre". Es el dominio del poeta; la

casa provoca y presencia a la vez su evolución personal. Además esta casa concentra todas las dimensiones del espacio social y cósmico:

Hermano, ésta es mi casa, entra en el mundo
de flor marina y piedra constelada
que levanté luchando en mi pobreza.

La casa, con la que se abre el recorrido de "Yo soy" es también el punto de llegada, el lugar del descanso definitivo.

que allí quiero dormir entre los párpados
del mar y de la tierra...

Ahora bien el motivo de la casa, tan importante en la poética nerudiana, está también presente en las Memorias. Más concretamente, está presente en lugares estratégicos de la obra: el principio y el final. Este dato permite matizar la afirmación hecha a raíz del extraño silencio de Neruda acerca de los años cincuenta.

En efecto, las Memorias empiezan con una evocación poética del Sur chileno; a renglón seguido se halla una descripción de la casa de Temuco:

Las casas nuestras tenían, pues, algo de campamento. O de empresas descubridoras. Al entrar se veían barricas, aperos, monturas y objetos indescriptibles.

Quedaban siempre habitaciones sin terminar, escaleras inconclusas (p.15).

A la otra punta de las Memorias, se encuentra una evocación de la casa de Isla Negra, clara recreación de la casa de su infancia:

En mi casa he reunido juguetes pequeños y grandes, sin los cuales no podría vivir. El niño que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él y que le hará mucha falta. He edificado mi casa también como un juguete y juego en ella de la mañana a la noche (p. 351).

A continuación, viene una descripción no de la casa misma sino de las colecciones de libros, barcos embotellados, mascarones de proa y caracoles que Neruda ha juntado en su casa de Isla Negra. La descripción directa está eludida, otra vez. Son las memorias de Matilde las que proporcionan una descripción completa de

esa casa, a la que dedica un capítulo entero (XIX). El texto de Matilde permite ver hasta qué punto Isla Negra es un eco de la "casa de la frontera". Como la casa paterna, ésta es inconclusa: "Recuerdo haber vivido en esta casa siempre construyendo algo. Ibamos a las demoliciones de Valparaíso y comprábamos maderas, tablonés de pino oregón, puertas, ventanas [...]" (p.226).

Matilde cuenta también cómo una locomotora, inesperada huella paterna, aterrizó en el jardín. Se podrían multiplicar los ejemplos pero hay que reconocer que la comparación con el texto de Matilde es, en cierta medida, decepcionante: ella explica lo que él sugería. No se aprende nada realmente nuevo.

Hay sin embargo un dato que merece subrayarse. Se trata del episodio contado por Neruda acerca de su casa en Valparaíso. Es un dato esta vez silenciado por Matilde. Neruda cuenta cómo, a finales de los años sesenta, encuentra su casa llena de cristales rotos después de un terremoto: "Cuántas cosas bellas que ahora Matilde barría con una escoba", suspira el memorialista (p.357). Neruda busca un poema de amor inconcluso y no lo encuentra en la casa medio derrumbada. En ese momento, la prosa narrativa deja lugar a la poesía:

Vamos poema de amor, levántate de entre los vidrios rotos, que ha llegado la hora de cantar.

Ayúdame, poema de amor, a restablecer la integridad, cantar sobre el dolor (p.358).

La casa saqueada (o los elementos) se ha tragado el poema pero no el poder de la poesía. La mujer barriendo los escombros hace surgir en Neruda un breve pero poderoso canto a la esperanza.

Cabe establecer aquí el último cruce entre las memorias de Pablo y las de Matilde. Como se ha dicho al principio, Mi vida junto a Pablo Neruda empieza con la narración de la muerte y del funeral de Pablo. Entre estos dos momentos, la viuda logra trasladar el cuerpo en esa casa de la Chascona que tanto quería, una casa que encuentra totalmente saqueada. El espectáculo premonitorio de los vidrios rotos se traslada de Valparaíso a Santiago: la desolación de aquel momento, no es nada en comparación con la barbarie que descubre en Santiago, justo después del

derrocamiento de Allende. Los vidrios rotos parecen concentrar su asombro desesperado:

Así entró en su casa Pablo, después de muerto. Yo iba detrás de su ataúd, tomada de su urna como para darme valor. [...] Entramos al living, acompañados por una música aterradora producida por nuestros pies al pisar los vidrios del suelo. Era como si el horror saliera a la superficie. En aquella casa transparente no quedó un vidrio intacto, montones de ellos por todas partes (p.23).

Después del entierro de Pablo, Matilde no se atreve a volver a la Chascona. Sólo después de varios meses, Matilde logra afirmar de nuevo el sentido de su vida. Un sentido que se encarna otra vez en la casa que fue testigo de sus amores con Pablo:

Esta casa me duele. Por todas partes surge el recuerdo de Pablo, nuestras risas, siempre el bullicio y la alegría. [...] Venciendo el miedo que es aterrador en estos días, comienzan a llegar hasta mi casa mujeres de las poblaciones, pálidas y temblorosas. [...]. Todo esto me hace sufrir, pero, al mismo tiempo, me da fuerzas. Comienza a invadirme una rebeldía muy grande y, gracias a ella, empecé a perder mi propio miedo [...]. Y fue así como mi vida comenzó a llenarse de otras vidas (pp.265-266).

Las "otras vidas" que habitan ahora en Matilde son el producto a la vez del acto de escritura y de la superación de su duelo. El proceso sufrido por Pablo en sus Memorias había sido opuesto: había intentado enmarcar las múltiples vidas del poeta en el seno de una voz única, un "yo" singular en el umbral de la muerte. Del "yo" a las "otras vidas", de "las otras vidas" al "yo": este es el último cruce entre las memorias de Matilde y Pablo.